

VIRUCA YEBRA

LA ÚLTIMA
CONDESA
NAZI



La novela parte de un enfoque nuevo, atractivo y real: las vivencias de Clotilde von Havel, una aristócrata alemana, casada con un comandante de la Wehrmacht, fallecido al final de la II Guerra Mundial. Clotilde huye de las tropas rusas, condenada a la pobreza, el exilio y el alejamiento de sus hijos.

La miseria convierte a Clotilde en una superviviente, decidida a luchar por su vida, esclarecer el pasado y aprovechar los golpes de suerte. La novela sigue sus peripecias desde el devastado Berlín de posguerra, al glamuroso Nueva York o el cambiante Londres de los años cincuenta. Hasta que en los sesenta, se instala en la Marbella de la época dorada y, de la mano de su sobrino, un ex SS que no ha renunciado a ser nazi, se involucra en la vida cotidiana de los que al margen de la España franquista, encontraron en la Costa del Sol un refugio: artistas, aristócratas, homosexuales... y nazis camuflados.

La autora, periodista, conoce de primera mano las vivencias de todos ellos y ha volcado en la novela la verdadera esencia de aquellos años, en los que ser bohemio y transgresor no estaba reñido con el saber estar.

Índice de contenido

Cubierta

La última condesa nazi

Primera parte

Capítulo 1. La soledad del invierno

Capítulo 2. La huida

Capítulo 3. El Barón de Ulm

Capítulo 4. Resignarse a vivir sin amor

Capítulo 5. El secreto del comandante Von Havel

Capítulo 6. El Berlín de posguerra

Capítulo 7. Una verdad anunciada

Capítulo 8. Los últimos refugiados

Capítulo 9. Vida y muerte de un Fürst

Capítulo 10. El final del túnel

Segunda parte

Capítulo 11. Regreso a Berlín

Capítulo 12. Transición a la luz del mediodía

Capítulo 13. La soledad del alma

Capítulo 14. Amores del pasado

Capítulo 15. Marbella: El Hollywood español

Capítulo 16. Nazis en la Costa del Sol

Capítulo 17. Marbella: años sesenta

Capítulo 18. El refugio de las ratas

Capítulo 19. Clotilde y Ralf

Capítulo 20. El alocado glamur francés

Tercera parte

Capítulo 21. La dictadura del poder

Capítulo 22. Últimos vestigios del Tánger internacional

Capítulo 23. Persiguiendo el pasado

Capítulo 24. París como destino

Capítulo 25. La vida canalla de la autodestrucción

Capítulo 26. Tánger: «tu boca en los cielos»

Capítulo 27. A la sombra de la palapa

Capítulo 28. La chica del bistró

Capítulo 29. Confluencias de venganza

Capítulo 30. La «dolce vita» de los años setenta en Marbella

Capítulo 31. La simbología sí importa

Capítulo 32. El karma de la vida

Capítulo 33. Momentos agridulces

Capítulo 34. Marbella, el fin de una época

Sobre la autora

Notas

*A mis hijos Ricardo y Cristina,
inspiradores de muchos momentos.*

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

LA SOLEDAD DEL INVIERNO

Alemania, 1945

Durante la noche el resplandor de los bombardeos había iluminado el cielo, haciendo que las nubes brillantes y pálidas lo recortaran como si fueran figuras fantasmales. El atronador estruendo convivía en la oscuridad con el pánico y la incertidumbre. Clotilde hacía tiempo que solo era capaz de dormir por agotamiento.

Esa noche, sin embargo, el duermevela habitual de la condesa de Orange se tornó en un sueño profundo... Los resplandores tomaron tregua y los ruidos de la batalla se espaciaron. Sin previo aviso, el silencio lo cubrió todo. Una sobrecogedora calma invadió el castillo. La súbita paz hacía presagiar que la última contienda al oeste del Estado Libre de Sajonia había llegado a su fin.

Se estremeció bajo el cobertor de plumas de eider que la aislaba del ambiente helador del cuarto. Tomó conciencia de su despertar cuando el silencio se transformó en miedo, y la soledad, que le acompañaba en los últimos meses, se convirtió en desamparo y tuvo la percepción de un peligro inminente.

Saltó de la cama sin calcular la pérdida de cobijo que le proporcionaba el lecho acogedor del grueso y cardado colchón de lana. Se vistió de prisa. Destemplada y tiritando

de frío, se aproximó a la ventana escarchada y opaca. Expulsó con fuerza el aliento, consiguiendo que el vaho aclarara un poco el cristal. Miró hacia afuera.

El día había amanecido con una intensa bruma que impedía ver la explanada sur del castillo. La oscuridad azulada del amanecer buscaba la claridad de la nieve que, esponjosa y fresca, se mimetizaba con la niebla, y ambas conformaban un conjunto espectral. Apenas se percibía el despertar del nuevo día.

La condesa Clotilde sintió miedo. Su mundo se desmoronaba; sabía que era el fin. Pero estaba sujeta a sus raíces y se resistía a huir. Volvió a percibir en sus entrañas la inseguridad al tener lejos al hombre de su vida. De nuevo, un acceso de tristeza recorrió su cuerpo, obligándola a secarse las lágrimas. Cada día amanecía con la sensación de no creerse su realidad: estaba sola y debía enfrentarse a los hechos, sacando fuerzas de su interior.

Un destacamento de soldados franceses ocupaba desde hacía semanas las dependencias nobles del hogar creado por Clotilde de Orange y su marido, el príncipe Maximiliano von Havel.

El castillo era una edificación de piedra arenisca de Sajonia y grandes ventanales que permitían pasar la luz. De arquitectura poco agraciada, demasiado grande para ser una construcción rural y con pretensiones principescas al haber pertenecido en otro tiempo a la duquesa de Wittenberg. Su estructura podría recordar los castillos de agua. Pero su enclave lo obligaba a estar rodeado de un jardín delimitado por estilizados tilos, que protegían los campos de labor perfectamente ordenados. Todo ello enmarcado en la lontananza por la gran masa verde de Bosque Teutónico que se extendía hasta el infinito.

Clotilde von Havel, de soltera Clotilde de Orange, lo había heredado de sus padres al casarse –con apenas dieciocho años– con el que en ese momento era comandan-

te de la Wehrmacht, las Fuerzas Armadas Unificadas de la Alemania nazi.

Entre esos enormes muros había construido su hogar a lo largo de los últimos quince años con sus tres hijos: Amalia, la mayor, que vivía con sus abuelos en Berlín; Frank y Victoria, que permanecían a su lado, y algunas temporadas con su marido cuando este aún pertenecía a la Reichswehr, las Fuerzas Armadas de la República de Weimar, antes de que Hitler las disolviera.

Un escalofrío le recorrió las entrañas. Llevaba meses posponiendo la huida, esperando tener algún futuro. Pero aquella madrugada de principios de 1945, la melancolía hizo mella en Clotilde. Allí, apoyada en la ventana, mirando el amanecer fantasmal, recordó la última vez que su marido Max disfrutó de su hogar.

* * *

El comandante Von Havel tuvo conocimiento a principios del año cuarenta y dos de que su casa familiar de Sajonia iba a ser ocupada por el ejército nazi, razón por la cual solicitó a sus superiores un permiso especial para ser él mismo quien organizase la intendencia.

Maximiliano era un militar comprometido con el cumplimiento del deber, y tenía la rectitud de acción y la integridad como valores esenciales. De ahí que desconfiara de que soldados no profesionales cumplieran con las reglas establecidas.

Las tierras de labor pertenecientes al castillo de Orange se convertirían en un campo de trabajo. Los hombres eran reclutados para combatir en el frente, por lo que las producciones agrícolas se ralentizaban; por eso, con frecuencia, el ejército tomaba las granjas y los castillos rurales y los convertía en campos de trabajo en los que los prisioneros de guerra aseguraban la producción.

El comandante Von Havel procuró que los prisioneros estuvieran dignamente instalados, aunque carecieran de comodidades. Para ello, se improvisaron jergones y camastros. La única ropa de abrigo de la que pudieron disponer fueron las mantas que se usaban para los caballos. Clotilde en todo momento trabajó a su lado.

Antes de partir al frente, Maximiliano instruyó a su mujer acerca de las medidas impuestas por la Convención de Ginebra con respecto a los prisioneros de guerra.

—Será difícil que podáis mejorar las condiciones de los prisioneros, pero cualquier actuación es importante. Sea como fuere, nunca te enfrentes a los mandos y evita confraternizar con ellos. No cabe duda de que una ocupación llevada a cabo por «los nuestros» será más amable para la familia; pero no olvides que la guerra transforma a las personas. Tu principal misión es proteger la vida doméstica. Dentro de unos meses nos veremos en Berlín en casa de tus padres. —Max sabía de la amabilidad de Clotilde debido a su educación católica: hay que tratar al prójimo como a uno mismo.

—Vete tranquilo. Haré todo lo que esté en mi mano para que los prisioneros sean tratados con dignidad. Procuraré adaptarme al hecho de tener nuestra casa en manos de la milicia. —Clotilde pensaba que Maximiliano podría encontrarse como aquellos hombres, lo que le llevaba a cumplir con el deseo de su marido.

La condesa Clotilde —le gustara o no— asumió la ocupación de su hogar no tanto como un deber patriótico sino como una imposición. Clotilde se instaló en el segundo piso del castillo, limitando el trato con los mandos, y más aún con los soldados, con los que procuraba no coincidir. Ella se ocupaba de la buena marcha de la vida doméstica del castillo, y la milicia tenía tomada la granja y la zona noble.

Coincidiendo con la llegada de la primavera de aquel año, la condesa Clotilde viajó a Berlín. Deseaba ver a su

marido, ya que cada día se reducía más el tiempo de estar juntos.

Un nuevo embarazo y el repentino cambio de destino de Maximiliano hicieron que regresara a Sajonia antes de lo previsto; esta vez acompañada de sus padres, que deseaban pasar el verano en el campo junto a su hija.

El mal embarazo de Clotilde, que la llevó a guardar reposo, hizo que sus padres retrasaran el regreso a Berlín.

Los prisioneros de guerra eran vigilados por la noche y se les hacía trabajar por el día.

A medida que se adentraba el otoño, las condiciones de los que habitaban el castillo fueron haciéndose más extremas: mientras los soldados disponían de estufas y comida caliente, los prisioneros de guerra se helaban de frío y tomaban un rancho a base de sobras.

Recordando los consejos de su marido, deseaba hacer algo, pero tenía que ser muy cautelosa para no levantar la desconfianza de los nazis. El hecho lamentable de la muerte de dos prisioneros dio pie a Clotilde para intervenir.

Acudió a las cocinas para hablar con Frau Jutta, cocinera del castillo desde que se había convertido en el hogar de Clotilde y Max von Havel. Jutta tenía un aspecto rudo pero agradable, era lista y resolutiva, y desde el primer momento se convirtió en la mano derecha de su señora, la condesa de Orange.

–Si esto continúa así, no habrá gente que atienda la finca –oyó que comentaba Frau Jutta a sus subordinadas.

–Y si esto ocurre, ya pueden olvidarse los militares de los suministros de víveres que cada día salen de aquí –apuntó una de las criadas.

Los sirvientes, al ver llegar a la condesa, se dirigieron a sus respectivos quehaceres.

Clotilde se aproximó a la cocinera.

–Frau Jutta, tenemos que poner en marcha nuestro plan. Hablaré con mi padre para ver qué opina.

–Sí, señora condesa; creo que el señor embajador sabrá mejor que nadie cómo gestionar este problema.

–Gracias, Frau Jutta, la tendré informada; cuento con usted para lo que se decida.

Clotilde fue al encuentro de su padre, que, a pesar del mal tiempo, acababa de llegar de darse un paseo por el campo con dos de los perros pastores, de los muchos que salvaguardaban los rebaños de ovejas de los lobos.

Clotilde no se demoró en exponerle el problema.

–Es fundamental hablar con el superior al mando –apremió Clotilde.

–En estas circunstancias, si a un militar le exponemos un problema, nos dirá a todo que no. Debemos acudir a él con una solución que no le perjudique en nada o con la que incluso pueda apuntarse un tanto. –El embajador Theo de Orange era un hombre pragmático y conocía bien la mentalidad de los militares.

–Podemos decirle que disponemos de alguna ropa de abrigo de los trabajadores que se han alistado, y que podrían usarla los prisioneros para no enfermar. Igualmente, debemos pedir permiso para proporcionarles por la noche alguna bebida caliente, así como instalar una estufa en medio del barracón que caldee el ambiente –sugirió Clotilde, que ya venía pensando en ello desde hacía días.

–Son buenas ideas, y creo que fáciles de poner en marcha. Iré a hablar con el superior al mando. Le dejaré claro que estas medidas tienen como fin el preservar la producción de la finca –concluyó el padre de Clotilde.

El mando vio en la propuesta una solución efectiva al problema, pero dejó muy claro que la tropa no se ocuparía de ello.

A partir de aquel momento, los señores de la casa se encargaron de mejorar la vida de los prisioneros.

Los rumores de que la guerra se perdía llevaron a los padres de Clotilde a plantearse regresar a Berlín, ahora

que todavía los caminos estaban en manos de los alemanes.

En una de las habitaciones del segundo piso, que disponía de una chimenea rústica de buen tiro, se habilitó un salón familiar.

Al anochecer solían escuchar la BBC, algo que, por supuesto, ocultaban a los militares. La madre de Clotilde pertenecía a la aristocracia inglesa y su flema británica no dejaba lugar a dudas.

–Debemos irnos a Berlín y desde allí llegar a Inglaterra. Tu hermana Erna, aunque se pasa el día en el hospital, nos ha dicho que no soporta llegar a casa y encontrarla vacía – argumentó la madre de Clotilde, que temía por su hija mayor, soltera, enfermera en un hospital de Berlín y poco dada a la vida social.

–Estoy de acuerdo contigo, querida; las cosas van a empeorar para Alemania. Los aliados van a desplegar una gran ofensiva sin precedentes en cualquier momento. No me extrañaría que los rusos entraran en Alemania. –En su juventud, Theo de Orange había estado destinado como secretario de embajada en Londres, donde conoció a su mujer. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, volvió a la ciudad del Támesis, esta vez como embajador.

–No comparto tu idea, papá. Los rusos jamás entrarán en Alemania. Además, yo no puedo irme; mi embarazo está en la recta final. –Clotilde quería aferrarse a su vida de siempre y se negaba a ver la evidencia.

–Podemos irnos tu padre y yo con tu hija Amalia en nuestro coche, y cuando des a luz te vienes a Berlín con los niños. –La madre de Clotilde estaba dispuesta a ejecutar su plan; hacía meses que quería irse, ya que echaba de menos su casa de Berlín.

–Veo bien que os llevéis a Amalia; solo tiene trece años, pero me he dado cuenta de cómo la miran los soldados y no me agrada nada.

Los principios liberales y profundamente católicos del anglófilo diplomático Theo de Orange chocaban con la corriente enajenada en la que estaba inmersa Alemania, donde el pensamiento vesánico de las masas era lo único admisible. Sin lugar a dudas, Clotilde amaba a su país, pero dudaba de aquellas ideas.

La condesa sentía miedo de lo que le rodeaba y deseaba aferrarse a lo único real de su existencia: su casa de Sajonia. Aquellas paredes eran su refugio; no concebía irse a otro lugar. En el fondo, pensaba que, cuando llegara la paz, las cosas volverían a estar en su sitio y ella podría seguir con su vida de antes.

El día que sus padres y su hija mayor abandonaron el castillo, Clotilde se quedó sumida en una tristeza profunda y un incontrolable miedo a la soledad, marcados por la incertidumbre de los peligros que podían acecharles, tanto a ella como a sus hijos. En plena guerra, la supervivencia del día a día marcaba lo cotidiano.

Durante sus quince años de matrimonio, había pasado por momentos de desánimo y hartazgo al sentir que su marido la dejaba sola por tener que acudir a misiones lejos de casa. Lo superó gracias al amor incondicional que sentía por él, aunque en los últimos tiempos, con frecuencia, sentía una rabia incontrolada contra Max, pues, a pesar de que ella le insistía en que dejara la carrera militar, este nunca albergó el más mínimo deseo de hacerle caso. Como consecuencia de ello, a Clotilde la invadían unos deseos irrefrenables de rebelarse contra su situación de abnegada mujer de un militar que jamás dejaría de serlo.

La soledad del día a día se había instalado en su vida: soledad en su cuarto, sus decisiones, la educación de sus hijos, en el trabajo de la granja... A Clotilde esa soledad la iba minando por dentro.

Los días transcurrían velozmente, y a la par cambiaban las condiciones de vida del castillo, donde cada vez esca-

seaban más los alimentos. Además, un crudo invierno se precipitaba sin remedio.

Al igual que en ocasiones anteriores, Clotilde estaba sola cuando dio a luz. Su hija Victoria nació en la primavera del año cuarenta y tres. El bebé presentaba problemas de desnutrición, por lo que necesitó cuidados extremos; debido a ello, la condesa de Orange no pudo viajar a Berlín al encuentro de sus padres y de su hija Amalia, quienes continuaban en la capital del III Reich.

El diplomático De Orange se encontró en una encrucijada: huir a Londres o quedarse en Berlín esperando el fin de la guerra.

—No iremos a Londres. Los bombardeos allí son continuos. Por ahora permaneceremos en nuestra casa de Berlín. No te preocupes por Amalia; aquí no le falta de nada. Ya viajaréis cuando la niña y tú estéis completamente restablecidas. —Theo de Orange hablaba por teléfono con su hija Clotilde menos de lo que deseaba, ya que, a medida que avanzaba la guerra, las comunicaciones cada vez se hacían más complicadas.

—En estos momentos es difícil saber en dónde estará uno más seguro. Al menos, en Berlín estáis en vuestra casa; se trata de resistir y tener suerte. —Clotilde ya no sabía qué decirle a su padre. Su propio ánimo estaba por los suelos.

* * *

El miedo a un ataque masivo del bloque aliado corrió como la pólvora por toda Alemania, pero Sajonia quedaba lejos del Atlántico. Así que Clotilde decidió que el campo era el lugar menos malo para esperar el fin de la guerra.

En junio de 1944 se perpetró la invasión, que no pudo ser rechazada por el ejército nazi. Los aliados se extendieron por Alemania como una mancha de aceite sobre el suelo. Poco a poco, fueron engullendo la Alemania nazi,